

Desafíos y propuestas pastorales desde el pluralismo y la sinodalidad

Lucas Cerviño*

Resumen

América Latina ya no es el compacto continente católico, sino que avanza a ritmo sostenido hacia un pluralismo religioso y espiritual con características propias. El pluralismo es una actitud existencial de fondo que, a pesar de la irreductibilidad de la realidad, confía en la capacidad de descubrir y vivir una coexistencia dinámica. La interculturalidad es la construcción y manifestación de esa coexistencia dinámica dentro del pluralismo. Es en este marco que toda renovación pastoral debe situarse si quiere articular una actualización de fondo y no seguir colocando parches o remendando vestidos en sus programas y actividades.

La etapa pluralista invita a configurar las relaciones interpersonales, y también con el diferente, desde la reciprocidad. En definitiva, el desafío central del pluralismo se podría formular así: es posible vivir y pensar, para poder generar espacios y mecanismos pastorales que permiten mantener, al mismo tiempo, la diferencia y la igualdad, lo uno en lo múltiple. La sinodalidad es una forma de vivir y obrar que explicita y articula la esencia comunal de la Iglesia: se refiere a la corresponsabilidad y a la participación de todo el Pueblo de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia.

Palabras clave: Pluralismo, Interculturalidad, Reciprocidad, Sinodalidad.

* Laico de origen argentino, Doctor en Teología Fundamental y Licenciatura en Misionología. Docente en el Instituto de Misionología (Facultad de Teología San Pablo, Cochabamba), en el Seminario Mayor de la Diócesis de Tehuacán (México) y en el CEFyT (Córdoba, Argentina). Miembro del Equipo de Reflexión Teológico-Pastoral y del Equipo de Antropología Trinitaria, ambos del CELAM. Reside en Puebla, México, donde coordina una escuela juvenil internacional de formación integral perteneciente al movimiento de los focolares. Correo electrónico: lucascervino@yahoo.com.ar.



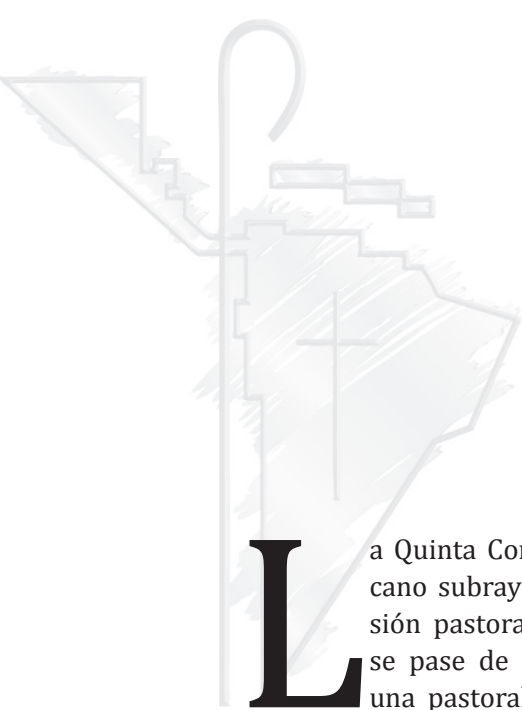
Pastoral challenges and proposals presented by pluralism and synodality

Summary

Latin America is no longer the compact Catholic continent but rather is moving at a sustained pace towards a religious and spiritual pluralism with its own characteristics. Pluralism is a contextual existential attitude that, despite the undeniability of reality, relies on the ability to discover and live in dynamic coexistence. Interculturality is the construction and manifestation of this dynamic coexistence within pluralism. It is in this context that any pastoral renewal must be placed if it wants to articulate a contemporary context and not continue to place coverings or patches on its current programs and activities.

The pluralist stage invites us to constitute interpersonal relationships with what is different or diverse, from mutuality. In short, the central challenge of pluralism could be formulated as follows: it is possible to live and to think at the same time, in terms of differences and equality, in order to generate pastoral spaces and mechanisms that allow us to maintain unity in diversity. Synodality is a way of living and working that makes explicit and articulates the communal essence of the Church: it refers to the co-responsibility and participation of the whole People of God in the life and mission of the Church.

Key words: Pluralism, Interculturality, Reciprocity, Synodality.



La Quinta Conferencia del Episcopado Latinoamericano subrayó —hace trece años— que “la conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera” (DA 370). Este arduo y difícil camino de conversión, con incipientes avances y retrocesos de diversa índole en nuestro continente, ha tenido un fuerte impulso desde el inicio del pontificado de Francisco: “la salida misionera es *el paradigma de toda obra de la Iglesia*” (EG 15) y por eso

cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar el llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio (EG 20).

Una concretización articulada de este proceso está siendo el evento de sinodalidad que generó el Sínodo de la Amazonia, antes, durante y después.

Para que una comunidad renueve su pastoral desde el salir, llegar a las periferias y discernir es imprescindible una auténtica actitud de diálogo con la compleja realidad actual. La Iglesia, para reflejar la luz de Cristo en el mundo (cf. LG 1), continuamente tiene que resituarse en los diversos contextos locales y globales. Por eso, dialogar con la consciencia que configura cada época histórica (GS 44) es algo constitutivo para actualizar la Buena Nueva. La Iglesia, allí se juega su relevancia y significancia social, su capacidad de



irradiar y ofrecer su aporte único y específico —Cristo totalmente Dios y plenamente humano— para que nuestros pueblos tengan, en Él, Vida en plenitud.

Una comunidad replegada en sí misma y paralizada por sus miedos, incapaz de dialogar con la sociedad y que excluye la diversidad, no tiene futuro porque va contra su mismo ser. La razón misma de la comunidad cristiana es salir hacia el mundo para contribuir en la acción amorosa del Padre que une y constituye al género humano en un pueblo de pueblos. Diálogo con el mundo y misión, son inseparables y se retroalimentan. Desde estos marcos cabe repensar la urgente transformación pastoral.

Desde estas premisas, queremos evidenciar cómo la actual realidad pluralista —que atraviesa todas nuestras sociedades y todas sus dimensiones— desafía la pastoral y exige una transformación radical, para luego ofrecer algunas pistas para la renovación pastoral desde la sinodalidad.

ESCUCHAR LA REALIDAD: EL PLURALISMO COMO UN RASGO DISTINTIVO DEL CAMBIO DE ÉPOCA

Nuestro tiempo está configurado por una crisis global de gran envergadura, tanto en extensión como profundidad. La pandemia del Covid-19 lo evidencia de modo elocuente. Crisis es riesgo y oportunidad, en esta transformación global existe el riesgo que desaparezcan diversas conquistas que promueven humanización, pero al mismo tiempo está la oportunidad de dar un salto cualitativo como humanidad. En esta tensión de fondo cabe ubicar nuestra transformación pastoral.

Se puede leer la crisis global poniendo énfasis en el nivel de fenómenos (diversidad, desempleo, migración, etc.) o identificando epicentros que dan origen a esos fenómenos (espacios decisionales, aspecto financiero, pandemia, etc.) o procurar analizar las estructuras o raíz subyacente a los fenómenos y los epicentros. Con un lenguaje sísmico, diríamos que los fenómenos son las destrucciones

materiales y muertes, el epicentro el lugar de origen del terremoto y las estructuras el choque de placas tectónicas. A continuación, queremos hacer un acercamiento a la realidad procurando entrar en el nivel estructural y de raíz.

El pluralismo desafía a todas las tradiciones religiosas

La pensadora y literaria María Zambrano afirmaba que “cada época se justifica ante la historia por el encuentro de una verdad que alcanza claridad en ella. ¿Cuál será nuestra verdad? ¿Cuál será nuestra manifestación?”¹. Diversos estudiosos consideran que la verdad de nuestra época sería la conciencia del pluralismo. Para P. Berger, gran estudioso del fenómeno religioso,

el pluralismo, la coexistencia de distintas cosmovisiones y sistemas de valores en la misma sociedad, es *el* cambio fundamental producido por la modernidad en lo que se refiere al puesto de la religión en la mente del individuo y en el orden institucional².

Es más,

el pluralismo constituye el gran desafío al que se enfrenta en nuestros días cualquier tradición y comunidad religiosa. [...] El pluralismo en su sentido más global —la coexistencia de distintas comunidades étnicas, morales y religiosas en una sociedad— plantea un problema político de importancia fundamental. Tanto el fundamentalismo como el relativismo hacen que el problema sea insoluble. [...] El problema político del pluralismo solamente puede resolverse manteniendo y legitimando aquello que se extiende entre ambos extremos. Para la mayor parte de la humanidad, la religión determina cómo se contempla el mundo y cómo se debe vivir³.

¹ ZAMBRANO, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, Madrid 1987, 82.

² BERGER, P. L., *Los numerosos altares de la modernidad. En busca de un paradigma para la religión en una época pluralista*, Sígueme, Salamanca 2016, 10.

³ *Ibídem*.



Al respecto, es importante evidenciar que América Latina ya no es el compacto continente católico, sino que avanza a ritmo sostenido hacia un pluralismo religioso y espiritual con características propias. Los últimos datos de la agencia Latinobarómetro (2017)⁴ sobre las creencias en el continente indican: que el 60% se identifican como católicos, un 19% como evangélicos y un 17% como ateos/agnósticos/indiferentes y 3% de otras religiones. De 18 países, en 7 los católicos se encuentran por debajo del 50% siendo mayoría los evangélicos. Entre los jóvenes de 16 a 25 años 50% se definen católicos, 23% evangélicos y 27% sin religión o afiliación confesional.

El contacto y la interacción entre personas de diferentes culturas, religiones, estilos y opciones de vida —que comprenden la realidad de modo distinto— se extiende y multiplica. Este fenómeno sociológico es solo la punta de un iceberg mucho más profundo. Para los estudiosos que plantean el pluralismo como paradigma, etapa o *mythos*⁵, éste no es un fenómeno o acontecimiento más. Es el marco que configura —de modo plural— la realidad de nuestra época, es la raíz de fondo que sostiene la creciente sensibilidad hacia la diversidad, es el sustrato del que beben los ciudadanos del siglo XXI, es aquello que habita en la mente y corazón del individuo al momento de comprender la realidad.

La pastoral no puede obviar o quitar importancia a la realidad del pluralismo cultural y religioso. Por una parte, desafía a las comunidades cristianas a reconocer su pluralismo interno y aprender a gestionarlo, algo que no resulta sencillo; por otra parte, para promover un desarrollo humano integral —objetivo de toda evangelización— es imprescindible gestionar la diversidad cultural, religiosa y social abriéndose camino entre los extremos del relativismo y fundamentalismo. Incluso, la comunidad cristiana tiene que interrogarse a fondo cómo anunciar el Evangelio en sociedades

⁴ Latinobarómetro, “El Papa Francisco y la religión en Chile y América Latina”, [en línea] https://www.cooperativa.cl/noticias/site/artic/20180112/asocfile/20180112124342/f00006494_religion_chile_america_latina_2017.pdf.

⁵ Cf. BERGER, P. - PANIKKAR, R. - MELLONI, J. - KNITTER, P. F. - HEISIG, J. W.

pluralistas, para que la Buena Noticia sea acogida y para evitar los extremos antes mencionados.

El pluralismo y la visión de la realidad

Como afirma Raimon Panikkar, “el pluralismo va un paso más allá del reconocimiento de la diferencia (pluralidad) y de la variedad (pluriformidad), el pluralismo tiene que ver con la diversidad radical”⁶. Evidencia que la realidad es inconmensurable, por tanto, irreductible a un sistema universal o a una unidad total, aunque es posible mantener una armonía invisible que evita la dispersión y la fragmentación.

Desde un enfoque ontológico relacional “el pluralismo es un símbolo que expresa una actitud de confianza cósmica, que permite una coexistencia polar y flexible entre las actitudes humanas hacia las cosas últimas, las cosmologías y las religiones”⁷. Lejos de cualquier relativismo, “no elimina ni absolutiza el mal o el error. El pluralismo no niega la función del *logos* y sus derechos inalienables. (...) El pluralismo pertenece al orden del *mythos*”⁸. Entendiendo *myhtos* no como la mitología que es objeto de estudio por parte de la razón sino como “el horizonte que hace posible pensar”, el marco desde el cual se percibe, siente y piensa la realidad. El modo de ser y estar en el mundo de cada cultura.

El pluralismo es una actitud existencial de fondo que, a pesar de la irreductibilidad de la realidad, confía en la capacidad de descubrir y vivir una coexistencia dinámica. Es un horizonte global, el *mythos* emergente está detrás y no delante, posibilitando el ejercicio del *logos* para dialogar entre las culturas y religiones. De este horizonte basilar emerge, como imperativo humano de nuestro tiempo, la alternativa intercultural como vía entre el fundamentalismo y el relativismo.

⁶ PANIKKAR, R., *Pluralisme e interculturalitat*, Fragmenta Editorial, Barcelona 2010, 13.

⁷ *Ídem.*, 14.

⁸ *Ídem.*



La interculturalidad es la construcción y manifestación de esa coexistencia dinámica dentro del pluralismo. Esta, “surge del encuentro existencial entre las distintas visiones del mundo, las cuales en realidad se encuentran cuando no rehúyen al auténtico encuentro, la apertura del núcleo íntimo de sus respectivas culturas”. Por eso, “en el fondo se trata de un encuentro religioso, desde el momento que indaga en el sentido último de la vida y la realidad”⁹. Es en este marco que toda renovación pastoral debe situarse si quiere articular una actualización de fondo y no seguir colocando parches o remendando vestidos en sus programas y actividades.

El pluralismo y la visión del ser humano

Desde la antropología, el desafío principal que coloca el pluralismo es que lo diverso, el otro o la otra, no sea considerado un *alius* —extraño, amenaza, peligro— sino reconocerlo como un *alter* —prójimo, compañero, bendición¹⁰, para amar al *alter* como *sor* o *frater*, hermana/o desde lo cual fortalecer la frater-sororidad universal, tanto humana como cósmica. Es la actitud ante lo diferente el punto de partida para derrumbar cualquier dogmatismo y absolutismo monolítico, sea cultural o religioso.

En este encuentro con el otro o la otra es posible identificar tres grandes periodos de la humanidad: la etapa tribal-aislacionista, la etapa imperialista-expansionista, y la actual etapa pluralista, en estado embrionario¹¹. En la primera etapa la actitud que prima hacia el otro/a es la de *alius* ante el cual cabe el encierro sobre uno mismo y la indiferencia a la diversidad. La segunda sigue viendo al otro/a como *alius* pero, al sentirse superior, se expande con una actitud imperialista que anula la diferencia ajena y la integra a su propia visión. La etapa pluralista y relacional, invita a cultivar una actitud de reconocimiento de la diferencia irreductible del otro y la otra, reconocerlo como un *alter* con el cual establecer una relación

⁹ PANIKKAR, R., *Paz e interculturalidad*, Herder, Barcelona 2006, 146.

¹⁰ Cf. PANIKKAR, R., *Diàleg intercultural i interreligiós*, Fragmenta Editorial, Barcelona 2015, 75.

¹¹ Cf. MELLONI, J., *Hacia un tiempo de síntesis*, Fragmenta Editorial, Barcelona 2011, 26-29.

de reciprocidad simétrica y positiva que permite reconocerse a uno mismo de modo más profundo y auténtico.

Estas actitudes humanas, tanto a nivel personal como grupal e institucional, son motivadas por matrices culturales o religiosas. Estas tres etapas son diacrónicas —para comprender la historia de la relación con la diferencia— pero también son actitudes muy presentes en la actualidad. Ante el pluralismo, las personas de diversas culturas y/o religiones, como también opciones de vida y espiritualidades, “están llamadas a abrirse las unas a las otras, a dejarse interpelar y fecundar. En esta situación de pluralismo han de aprender a convivir unas con otras en una nueva configuración planetaria que no solo es irreversible sino que todavía irá a más”¹².

La etapa pluralista invita a configurar las relaciones interpersonales, y también con el diferente, desde la reciprocidad. Reciprocidad entendida como relacionalidad horizontal de doble dirección y que está motivada por una sed de enriquecimiento mutuo. Aquí radica la *metanoia* —conversión de la mente y el corazón— del siglo XXI. Reciprocidad que sin una apertura vertical o trascendente —sea vivida desde la religiosidad o la secularidad— es imposible de practicar. Las relaciones, desde este reconocimiento mutuo, es la que evita que el pluralismo degenera en relativismo y fragmentación o que se reaccione de modo unilateral o fundamentalista. El creciente pluralismo exige experiencias religiosas que asuman la diversidad, ya no como amenaza y error, sino como riqueza y bendición. ¿Qué tanto nuestras propuestas pastorales están formando y promoviendo experiencias religiosas con estas características?

El pluralismo y la visión de lo divino

Desde la religión —comprendida como toma de conciencia de la religación constitutiva del ser humano con ese origen y fin de la realidad que se cristaliza en un culto creyente¹³— el pluralismo

¹² *Ídem.*, 28.

¹³ Cf. GRONDIN, J., *La filosofía de la religión*, Herder, Barcelona 2010, 50-51.



subraya la importancia de un encuentro e intercambio entre las personas y comunidades que viven su re-ligación desde los modos de articular el Misterio divino —inefable pero real y cercano— desde el binomio trascendencia-inmanencia. Si la trascendencia subraya que este origen y fin de la realidad está más allá de la realidad visible, la inmanencia concibe lo absoluto más acá de las mismas cosas, en su más honda mismidad. Combinando estas dos categorías de comprensión de lo divino surgen cuatro tipologías cosmovisionales de articular la re-ligación¹⁴:

- a) La *trascendencia inmanente* es de carácter maternal y femenino. Configura las religiosidades y espiritualidades cósmicas. Predomina la absorción de la divinidad por medio de los elementos de la naturaleza. Se busca la inmersión de la conciencia en la totalidad. Aquí se ubican las religiones indígenas y originarias como también la noción hindú de *Brahman*.
- b) La *trascendencia trascendente* es de carácter masculino. Configura las religiosidades y espiritualidades personalistas. Se la asocia al teísmo/monoteísmo, donde prevalece una imagen de Dios como Padre. La experiencia religiosa brota de la conciencia de separación entre el Creador y lo creado. Es la experiencia del Totalmente Otro.
- c) La *inmanencia trascendente* es de carácter neutro e impersonal. Configura las religiosidades y espiritualidades oceánicas como el nirvana, *sunyata*, tao, etc. No se puede nombrar la realidad absoluta porque está fuera del alcance del logos. Subraya la indiferenciación de formas y seres. La experiencia religiosa es vivida en la misma cotidianidad dejando emerger ese fondo inefable.
- d) La *inmanencia inmanente* es de carácter laico y apersonal. Configura espiritualidades laicas o ateas. La dimensión última de la realidad es concebida como secularidad sagrada: acepta-

¹⁴ Cf. PANIKKAR, R., *Mito, fe y hermenéutica*, Herder, Barcelona 2007, 327-331.

ción plena de la condición humana y servicio a un orden mundial justo. La experiencia religiosa es la sabiduría como lucidez ante los laberintos de la mente y el corazón humano.

La época pluralista invita a una inter-fecundación entre estas aproximaciones al Misterio divino, no como eclecticismo superficial, sino como oportunidad de enriquecer y ampliar la propia tradición religiosa sin perder el núcleo específico e identitario. La clave aquí es compartir plenitudes y no competir entre totalidades.

En este sentido, el proceso de una Iglesia con rostro amazónico que ha activado el Sínodo de la Amazonia tiene de fondo este urgente diálogo entre una cristalización cristiana en clave de trascendencia trascendente y la trascendencia inmanente con la cual expresan la relación con lo divino los pueblos amazónicos. El diálogo, para que sea tal, tendrá que ser recíproco, enriquecedor y fecundar nuevas formas de vivir el cristianismo desde el marco de los pueblos en cuestión. Pero acaso en nuestros espacios pastorales, ¿no se da también esta tensión e intercambio entre las tipologías cosmovisiones en la espiritualidad de nuestros creyentes? ¿Cómo lo acompañamos y gestionamos?

En definitiva, el desafío central del pluralismo se podría formular así: es posible vivir y pensar, para poder generar espacios y mecanismos pastorales que permiten mantener, al mismo tiempo, la diferencia y la igualdad, lo uno en lo múltiple. Una reflexión que logre articular ambos elementos —*somos diferentes/múltiples, pero iguales/uno*— en una tensión creativa, puede favorecer y potenciar a que la diversidad en sus varias declinaciones sea vivida como don y enriquecimiento mutuo. De este modo se contribuye a que una desdibujada actitud ante la alteridad siga siendo fuente de conflictos eclesiales y sociales, marginación social, desigualdad económica y discriminación excluyente.

DISCERNIR LA REALIDAD: EL MAGISTERIO DE FRANCISCO PROMUEVE “UN SANO PLURALISMO” (EG 255)

Para los obispos latinoamericanos, entre los cuales estaba el cardenal Bergoglio, “vivimos un cambio de época cuyo nivel más



profundo es el cultural. Se desvanece la concepción integral del ser humano, su relación con el mundo y con Dios” (DA 44). La crisis global manifiesta un cambio de época, donde están mutando las formas de conocer, sentir y actuar en la realidad; están cambiando las maneras de vivir las relaciones con los demás, con el planeta y con lo trascendente. El papa Francisco, en *Evangelii Gaudium* sintetiza el cambio como “crisis del compromiso comunitario”: “individualismo postmoderno y globalizado” (EG 67), “cultura del descarte” (EG 53), “economía de la exclusión y la inequidad” (EG 53), “globalización de la indiferencia” (EG 54), “inequidad raíz de los males sociales” (EG 202).

Breve relectura pluralista del magisterio de Francisco

Leyendo a Francisco desde una óptica pluralista, el desafío estaría en la desnaturalización de las relaciones interpersonales que ignoran la alteridad: los otros y las otras, lo otro, el Otro. En *Laudato si'*, el término relación es utilizado 98 veces mientras que 18 veces se reitera que en el mundo “todo está conectado” o “relacionado con todo” (cf. LS 16, 42, 66, 73, 91, 117, 138, 216, 220, 234, 240). ¿Será que el punto álgido del cambio de época, para Francisco, está en la relación de reciprocidad del ser humano, que incluye la relación con el mundo y con Dios? Esta realidad de interconexión global entre humanos, seres vivos y la trascendencia, exige promover “la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida” (LS 202).

Esta lectura de Francisco, que escucha la realidad y procurar discernir los signos de los tiempos, ve el cambio de época como la oportunidad de promover la conciencia de la comunión universal entre todos los seres. “Implica la amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal” (LS 220). Desde esta óptica de interrelación humano y cósmica hay que releer los “cuatro principios que orientan específicamente el desarrollo de la convivencia social y la construcción de un pueblo donde

las diferencias se armonicen en un proyecto común” (EG 221) que ofrece el Papa.

Comunión solidaria, donde la emergente alteridad no es anulada, sino que se articula como unidad en la diferencia porque “la unidad prevalece sobre el conflicto” (EG 226-230). La solidaridad

es un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida. No es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna (EG 228).

La lectura de la realidad que realiza el Papa, donde “la realidad es más importante que la idea” (EG 231-233), procura “evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos” (EG 231). Esto le permite comprender la realidad en clave intercultural, porque promueve la unidad en la diferencia tanto en el ámbito *intra* eclesial como social, desde el nivel interpersonal al global pasando por lo grupal y comunitario.

La diversidad tiene que ser siempre reconciliada con la ayuda del Espíritu Santo; sólo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división y, por otra parte, cuando somos nosotros quienes queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación. Esto no ayuda a la misión de la Iglesia (EG 131).

En esta comprensión de la unidad “el todo es superior a las partes” (EG 234-237), partes que no son anuladas o sintetizadas en marcos superiores.



El modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad. Tanto la acción pastoral como la acción política procuran recoger en ese poliedro lo mejor de cada uno (EG 236).

La pastoral está llamada a articular y cristalizar esta unidad polidédrica donde “la unidad del Espíritu armoniza todas las diversidades” (EG 230). Concretamente esto “es la conjunción de los pueblos que, en el orden universal, conservan su propia peculiaridad; es la totalidad de las personas en una sociedad que busca un bien común” (EG 236). Esta unidad en la diferencia es el dinamismo misionero y por ende pastoral. No es sólo su fruto o meta, sino su punto de partida y la fuente de su misma actividad porque para el cristianismo es participación en la dinámica del Dios unitrino.

La sinodalidad, oferta para un mundo que tiene sed de unidad en la diferencia

Desde el marco de comprensión apenas expuesto es posible y necesario promover el valor de “un sano pluralismo” (EG 255), reconociendo que “la diferencia entre las personas y comunidades a veces son incómodas, pero el Espíritu Santo, que suscita esa diversidad, puede sacar de todo algo bueno y convertirlo en un dinamismo evangelizador que actúa por atracción” (EG 131). El decidido impulso de Francisco a la Iglesia universal hacia la sinodalidad corresponde ubicarlo en este ejercicio de escucha de la realidad y propuesta alternativa desde los gérmenes de la presencia del Resucitado y de su Espíritu en la sociedad (cf. EG 275-280) que viene articulando desde el inicio de su pontificado.

La sinodalidad es una forma de vivir y obrar que explicita y articula la esencia comunitaria de la Iglesia: “se refiere a la corresponsabilidad y a la participación de todo el Pueblo de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”¹⁵. La “sinodalidad no designa un

¹⁵ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad para la vida y misión de la Iglesia*, Buenos Aires 2018, 7.

simple procedimiento operativo, sino la forma peculiar en que vive y opera la Iglesia”¹⁶. Por tanto, no es una simple técnica con pautas de procedimiento, sino un modo de ser y estar del cristiano en la Iglesia y el mundo. Este “caminar juntos —laicos, pastores, Obispo de Roma— es un concepto fácil de expresar con palabras, pero no es tan fácil ponerlo en práctica”¹⁷. De hecho,

la conversión pastoral para la puesta en práctica de la sinodalidad exige que se superen algunos paradigmas, todavía frecuentemente presentes en la cultura eclesíastica, porque expresan una comprensión de la Iglesia no renovada por la eclesiología de comunión. Entre ellos: la concentración de la responsabilidad de la misión en el ministerio de los Pastores; el insuficiente aprecio de la vida consagrada y de los dones carismáticos; la escasa valoración del aporte específico cualificado, en su ámbito de competencia, de los fieles laicos, y entre ellos, de las mujeres¹⁸.

La pastoral de cada comunidad eclesial, si realmente quiere pasar de la conservación a ser misionera, está invitada a interactuar a fondo y de modo creativo con la emergente etapa pluralista, para ofrecer la Buena Nueva desde el marco relacional trinitario que la empuja a vivir la sinodalidad. Este diálogo le permitirá “desarrollar una cultura del encuentro en una pluriforme armonía” (EG 220) desde la luz del Evangelio, como sendero de convivencia intercultural y como experiencia espiritual plena en Cristo, el totalmente humano y plenamente divino. Asumiendo que el Espíritu es quien

en primer lugar, con imaginación e imprevisibilidad, crea la diversidad; en todas las épocas en efecto hace que florezcan carismas nuevos y variados. A continuación, el mismo Espíritu realiza la unidad: junta, reúne, recompone la armonía (...). De tal manera que se dé la unidad verdadera, aquella según Dios, que no es uniformidad, sino unidad en la diferencia¹⁹.

¹⁶ Ídem., 42.

¹⁷ PAPA FRANCISCO, *Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos*, Vaticano, 17 octubre 2015.

¹⁸ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad...*, 105.

¹⁹ PAPA FRANCISCO, *Homilía de Pentecostés*, Vaticano, 4 junio 2017.



TRANSFORMAR LA REALIDAD: DE LA DIVERSIDAD NEGADA A LA DIFERENCIA RECONOCIDA Y AMADA

Desde la tensión creativa capaz de articular *lo uno en lo múltiple* o el *somos iguales pero diferentes* que evidencia el pluralismo, o “la unidad en la diferencia” como expresa el Papa —todos modos de expresar el desafío estructural de nuestra época—, podemos leer algunos epicentros o fenómenos de la realidad eclesial. Remito a otro artículo donde se realizó una relectura de cuestiones sociales centrales como inequidad, globalización, migración, religiones, ciudad y mundo virtual, desde *Evangelii Gaudium* interpretada en un marco pluralista²⁰.

De modo sintético y enunciativo es posible identificar tres grandes fenómenos eclesiales que impiden avanzar en una auténtica unidad en la diferencia. Desde estos fenómenos, leídos de modo propositivo, se ofrecerán pistas para cristalizar una pastoral que impregne e irradie en todas las actividades de la Iglesia un sano pluralismo.

La conversión pastoral: la mística del encuentro en el amor que goza de la diversidad

La pastoral aún mantiene y alimenta, de modo consciente o indirecto, ciertas prácticas religiosas intimistas que alimentan comodidad y encierro evitando el encuentro con lo diferente, o experiencias religiosas que activan sentimientos de superioridad y expansionismo que buscan imponerse y anular la especificidad del otro o la otra. Francisco lo denuncia así: “la vida espiritual se confunde con algunos momentos religiosos que brindan cierto alivio pero que no alimentan el encuentro con los demás, el compromiso en el mundo, la pasión evangelizadora” (EG 78). Es una espiritualidad que evita la diversidad personal y social.

²⁰ Para un desarrollo más detallado de esta relectura de *Evangelii Gaudium* en clave pluralista ver: CERVIÑO, L., “La etapa pluralista como contexto actual de la *missio ad-intergentes*: inequidad, globalización, migración, religiones, ciudad y mundo virtual”, en: MERONI - GIL (Ed.), *La Misión, futuro de la Iglesia*, OMP-PPC, Madrid 2019, 43-68.

El desafío pastoral ante estas espiritualidades de la auto-referencialidad y falsa superioridad, que conducen a la infecundidad, la pérdida de vitalidad y ardor misionero, es difundir espiritualidades que entrelacen la pasión por Dios y la pasión por el otro/la otra.

Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón. Esas propuestas parciales y desintegradoras sólo llegan a grupos reducidos y no tienen fuerza de amplia penetración, porque mutilan el Evangelio (EG 262).

Ante este fenómeno pastoral no insignificante que es casi un epicentro que alimenta muchas prácticas eclesiales excluyentes o auto-referenciales, Francisco subraya que

sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación (EG 87).

Esta mística surge y se alimenta del reconocimiento del otro/la otra. Es más, impulsa a amarlo al punto de vivir el mismo encuentro como una experiencia religiosa.

Cuando vivimos la mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien, ampliamos nuestro interior para recibir los más hermosos regalos del Señor. Cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor, quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios (EG 272).

¿Será que nuestra pastoral está promoviendo esta mística del encuentro entre los diversos carismas eclesiales presentes en una comunidad, o cada grupo eclesial sigue su propia dinámica de indiferencia a los dones del Espíritu dentro del catolicismo? ¿Será que



en los ámbitos pastorales existe la consciencia que esta indiferencia eclesial alimenta esa “guerra entre nosotros” (EG 98) tan presente en las comunidades cristianas que promueven internas intraeclesiales, dejar crecer la envidia, los chismes y calumnias?

¿Será que los diversos programas pastorales tienen como horizonte que la dinámica de salida de Cristo lleva a buscar, encontrarse y experimentar juntos la presencia de Cristo con personas y grupos de otras iglesias cristianas? Incluso, el “id” del Resucitado, es un movimiento de acercamiento con personas de otras religiones o sin una afiliación confesional porque, como subraya el Papa, “cada vez que nos encontramos con un ser humano en el amor” no con un cristiano o creyente, “quedamos capacitados para descubrir algo nuevo de Dios”. Este encuentro es, nada más y nada menos que un acontecimiento revelatorio que conduce al católico a una mayor intimidad y comprensión del Misterio amoroso de Dios. Eso sí, el encuentro tiene que ser “en el amor”, que no es otra cosa que gratuidad desinteresada, abajamiento para hacer uno con el otro/la otra, fidelidad hasta dar la vida.

La conversión sinodal: el Pueblo de Dios que camina junto sin anular las diferencias

Otro epicentro cancerígeno que impide la unidad en la diversidad, tanto a nivel eclesial como social, es el clericalismo. Este epicentro de tantos fenómenos como los abusos de toda índole o el alejamiento de tantos creyentes, no es otra cosa que la incapacidad de asumir —de formar real y operativa— la primacía del sacramento del bautismo que da igualdad ontológica a todos los fieles cristianos como Pueblo de Dios que vive la unidad en Cristo desde la diversidad de carismas y ministerios. Al respecto son elocuentes estas palabras de Francisco:

No podemos reflexionar el tema del laicado ignorando una de las deformaciones más fuertes que América Latina tiene que enfrentar —y a las que les pido una especial atención— el clericalismo. Esta actitud no sólo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y

desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente²¹.

Los obispos mexicanos, en su Plan General Pastoral del 2019 reconocen:

Estamos aún muy lejos de erradicar el clericalismo de nuestras prácticas pastorales, este mal que tanto impide crecer y comprometerse a nuestros fieles laicos en la vocación que les es propia dentro de la Iglesia y del mundo. No somos esa Iglesia bautismal de donde brotan los ministerios (...), muchas parroquias no cuentan con los consejos propios para una acción pastoral (PGP 79).

El clericalismo es una práctica anti-sinodal que anula la unidad en la diferencia. Porque desde una supuesta superioridad ontológica, el sacerdote se relaciona con los demás miembros del Pueblo de Dios como si fueran analfabetos en la fe, infantes en la vida espiritual e incapacitados para la evangelización. Anula la igualdad de todo bautizado y el *sensus fidei fidelium*, jerarquizando y verticalizando las diferencias.

Ante el clericalismo que falsea la realidad del Pueblo de Dios, Francisco afirma que “para los discípulos de Jesús, ayer, hoy y siempre, la única autoridad es la autoridad del servicio, el único poder es el poder de la cruz”²². Desde este principio, al interior de la Iglesia “nadie puede ser ‘elevado’ por encima de los demás. Al contrario, en la Iglesia es necesario que alguno ‘se abaje’ para ponerse al servicio de los hermanos a lo largo del camino”²³. Seguir a Cristo es seguir el movimiento de *kénosis* —vaciamiento, abajamiento y despojo— para hacerse uno con todos. De ahí brota la imagen de la Iglesia como pirámide invertida: la punta de la pirámide, el obispo de Roma, está a la base, cargando el peso de toda la pirámide y al servicio de todos.

²¹ PAPA FRANCISCO, *Carta al presidente de la Pontificia Comisión para América Latina*, Vaticano, 19 marzo 2016.

²² PAPA FRANCISCO, *Discurso en la Conmemoración del 50 aniversario...*

²³ *Ídem*.



Desde la autoridad entendida como servicio, que llega al extremo de dar la propia vida por los demás, es posible promover una participación de todos los bautizados: “solamente en la medida en la cual estos organismos permanecen conectados con lo ‘bajo’ y parten de la gente, de los problemas de cada día, puede comenzar a tomar forma una Iglesia sinodal”²⁴. La sinodalidad no se gesta desde decisiones en escritorio o estructuras eclesiales de participación que indican a los demás lo que hay que hacer o por donde caminar, sino desde “la circularidad entre el ministerio de los Pastores, la participación y corresponsabilidad de los laicos, los impulsos provenientes de los dones carismáticos según la circularidad dinámica entre ‘uno’, ‘algunos’ y ‘todos’”²⁵.

La reciprocidad constitutiva de la comunidad creyente, desde el intercambio de diferentes dones, intensifica

la mutua colaboración de todos en el testimonio evangelizador a partir de los dones y de los roles de cada uno, sin clericalizar a los laicos y sin secularizar a los clérigos, evitando en todo caso la tentación de ‘un excesivo clericalismo que mantiene a los fieles laicos al margen de las decisiones’”²⁶.

En el testimonio de esta unidad en la diferencia radica mucho del futuro misionero y evangelizador de la Iglesia, porque podrá ofrecer al mundo de hoy un modo concreto y real de vivir el pluralismo de un modo que evita los excesos del relativismo y el fundamentalismo. Pero esto no se ha de predicar, sino de irradiar con la vida, vida de comunidades de fe que reflejan esa comunión con un Dios que es unitrino y participan de esta unidad en la diferencia.

La conversión ecológica: una pastoral misionera desde el binomio Vida-Creación

Nuestros ámbitos pastorales típicos están lejos de articular, integrar y difundir una conversión ecológica a fondo que reco-

²⁴ *Ídem.*

²⁵ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad...*, 106.

²⁶ *Ídem.*, 104.

nozca la diferencia de lo otro, el planeta como casa común junto a los demás seres vivos, dones naturales y bienes artificiales. *Laudato si'* aún queda como slogan y explicación superficial, pero no ha logrado impregnar toda la dimensión pastoral y vivencias de nuestras comunidades, o al menos de muchas de ellas.

El cambio de época interpela al cristiano a ampliar su conciencia religiosa. Tiene que asumir que es fundamental encontrar y comunicarse con Dios en el medio ambiente: amar y cuidar las interrelaciones presentes en el entorno natural, artificial y social. Esta sensibilidad está en el núcleo de su fe: “confesar a Dios como amor significa, consecuentemente, entender a Dios como *vida en relación*, como amistad y diálogo, como comunicación y comunión”²⁷. Descentrarse para acoger la sacralidad de la tierra, focaliza la atención en respetar y cuidar la armonía y equilibrio de cada interrelación humano-cósmica en Dios, en el cual “vivimos, nos movemos y existimos” (*Hch* 17,28).

La conversión ecológica implica que los proyectos pastorales despierten en el creyente el asombro y cuidado de las mutuas interdependencias humano-cósmica y también divina. Lo despierten a descubrir la acción del Espíritu creador que es “relación unificante”: unifica la diversidad manteniendo la diferencia entre los diversos seres naturales. La pastoral tiene que educar a contemplar —descubrir, tomar conciencia y vivenciar— la presencia de Dios a favor de la vida en la interacción humano-cósmica. Como afirmó Juan Pablo II, “el respeto por la vida y por la dignidad del ser humano se extiende también al resto de la creación”²⁸. Como recuerda Francisco,

por nuestra realidad corpórea, Dios nos ha unido tan estrechamente al mundo que nos rodea, que la desertificación del suelo es como una enfermedad para cada uno, y pode-

²⁷ KEHL, M., *Contempló Dios toda su obra y estaba muy bien. Una teología de la creación*, Herder, Barcelona 2009, 395.

²⁸ JUAN PABLO II, *Paz con Dios creador, paz con toda la creación*, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1990, 16.



mos lamentar la extinción de una especie como si fuera una mutilación (EG 215).

Estamos constituidos por esta interrelación humano-cósmica. Acompañar este proceso en curso es la tarea y misión del cristiano, y todo proceso y actividad pastoral tendría que evidenciarlo.

Una pastoral misionera a favor de la Vida de toda la Creación tiene que fomentar y formar a:

1. Redescubrir y experimentar la sacralidad de la tierra para reaprender a relacionarse de manera equilibrada, respetuosa y delicada con los seres vivos, con los bienes naturales e incluso artificiales. El Buen Vivir de los pueblos indígenas, donde lo sagrado adquiere en la tierra una condensación particular que tiñe toda la vida del ser humano, tiene mucho para aportar a la transformación de nuestra pastoral.

Diversos pueblos de Latinoamérica tienen plasmado en sus historias y mitos religiosos, el respeto por lo divino que se refleja en un respeto por la naturaleza y el cosmos, ya que ellos son el lugar de encuentro con la divinidad, llegando a ser como santuarios que le permiten a la persona entrar en sintonía con lo divino y con todo lo creado²⁹.

Es urgente recuperar esa memoria y tradición ancestral en la pastoral.

2. Reconectar con la corporalidad que amplifica y ensancha el clamor de los pobres —cuerpos preñados de la presencia de Cristo Resucitado (cf. *Mt* 25,31-46)—, al grito de la Tierra que despierta e invita a su cuidado desde una acción esperanzadora que cambie las actuales reglas del sistema socioeconómico. La pastoral ha de integrar la conciencia planetaria que

²⁹ CAERO, B., “La conciencia histórica de la vida y la solidaridad creacional”, en: MARGIT, E., *Prophetie und Aggiornamento*, ADVENIAT, 2011, 216.

lleva a percibir la deforestación, la contaminación, la explotación, las inundaciones y desertificación “en carne propia”. Activar un compromiso verdadero y real en pos del equilibrio medioambiental. Equilibrio que surge del encuentro con la presencia de Dios en ese grito, que también es eco y participación en el grito de Jesús en la cruz.

3. El descentramiento hacia *lo otro*, tanto natural como artificial —fruto de la obra humana sobre bienes materiales—, sobre todo teniendo presente la compleja interacción humano-cósmica que se da en cada territorio. Evidenciar que la relación que el cristiano establece en su cotidianidad con los alimentos y objetos, con líquidos y seres vivos, con el consumo de agua, luz, gas, etc., es una experiencia espiritual.
4. Una transformación de nuestra liturgia. La pastoral tiene que actualizarse para llegar a que mostrar cómo

la religiosidad popular, la oración personal y comunitaria, las celebraciones litúrgicas inculturadas, y la profunda vivencia de los sacramentos en clave ecológica, son lugares privilegiados para experimentar la acción del Espíritu de Dios y la iniciativa gratuita de su amor³⁰.

UNA CONCLUSIÓN ABIERTA

Termino este breve recorrido con un deseo o sueño. Que nuestros proyectos y actividades pastorales tengan como horizonte una que toda experiencia de diálogo auténtico con el diferente que favorezca el intercambio de dones es evangelización. Esta experiencia de unidad en la diferencia activa la revolución del Evangelio en el corazón de cada hombre y mujer de acuerdo con las respectivas condiciones culturales, sociales y espirituales. La Buena Nueva

³⁰ CELAM, *Espiritualidad cristiana de la ecología. Declaración final del simposio*, Buenos Aires, agosto 2010, 8.



—Dios te ama inmensamente— surge desde dentro, gracias a las condiciones de apertura, vacío, reciprocidad y acogida que provoca el diálogo intercultural. El Evangelio penetra en la profundidad de las personas solo cuando se establece ese nivel de diálogo interpersonal y existencial.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BERGER, P. L., *Los numerosos altares de la modernidad. En busca de un paradigma para la religión en una época pluralista*, 2016.

CELAM, Documento de Aparecida, 2007.

COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad para la vida y misión de la Iglesia*, 2018.

FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 2013.

———, Carta Encíclica *Laudato si'*, 2015.

———, Carta al presidente de la Pontificia Comisión para América Latina, 2016.

GRONDIN, J., *La filosofía de la religión*, 2010.

JUAN PABLO II, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1990.

KEHL, M., *Contempló Dios toda su obra y estaba muy bien. Una teología de la creación*, 2009.

LATINOBARÓMETRO, “El Papa Francisco y la religión en Chile y América Latina” [en línea] https://www.cooperativa.cl/noticias/site/artic/20180112/asocfile/20180112124342/f00006494_religion_chile_america_latina_2017.pdf.

MELLONI, J., *Hacia un tiempo de síntesis*, 2011.

PANIKKAR, R., *Paz e interculturalidad*, 2006.

———, *Mito, fe y hermenéutica*, 2007.

_____, *Pluralisme e interculturalitat*, 2010.

_____, *Diàleg intercultural i interreligió*s, 2015.

VATICANO II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 1964.

_____, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, 1965.

ZAMBRANO, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, Madrid, 1987.